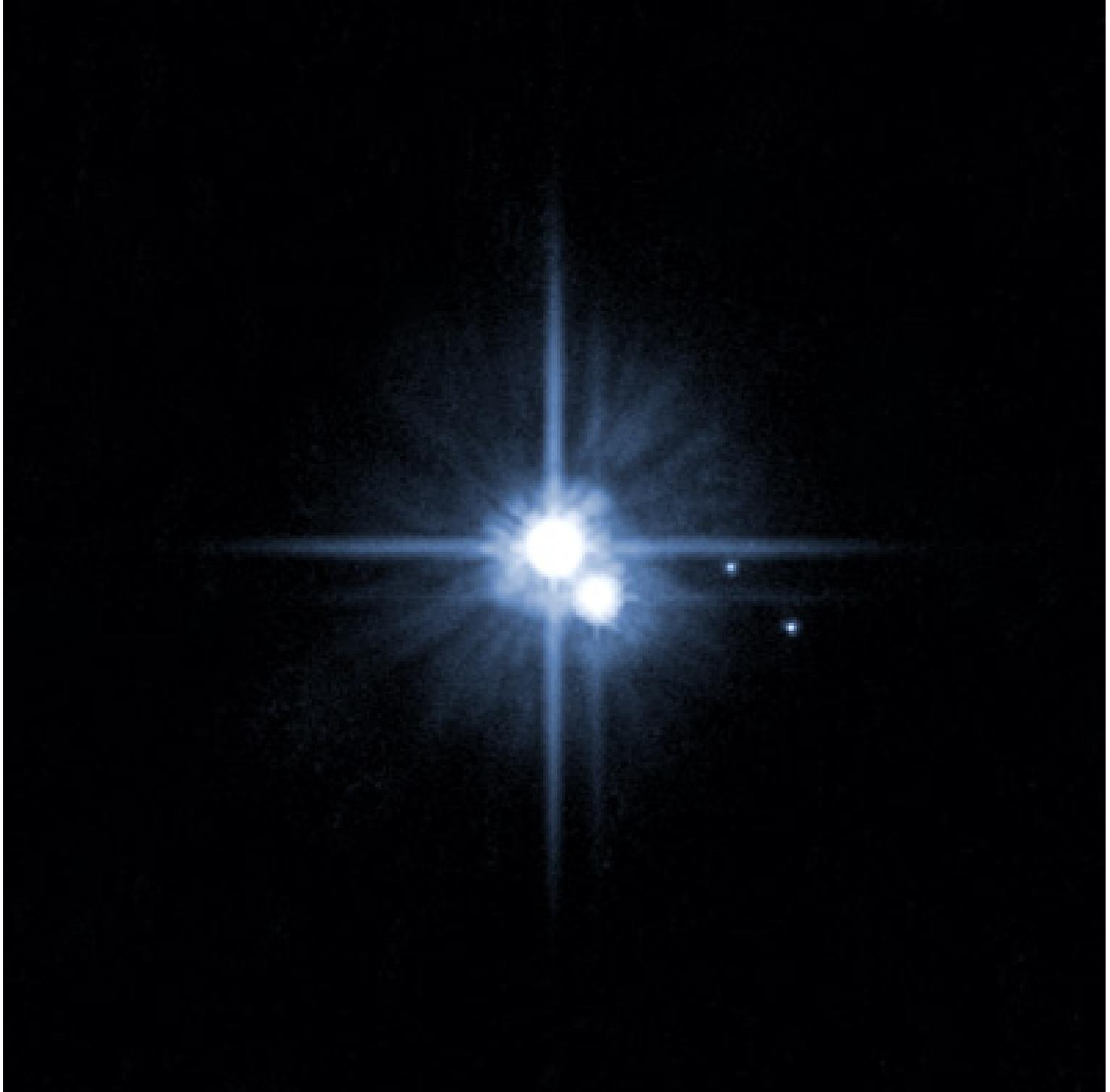


Dios y la oscuridad

Andrés Dickinson



Capítulo 1

Me rodea la oscuridad. Los cimientos de la noche soportan las culpas de una vida que, tal vez, jamás debí vivir. Los pensamientos, de los que sé poco, me hacen padecer los últimos pudores del alma, que no soporto en lo más mínimo. Por esta razón, la vergüenza carcome, dolor tras dolor, mi rostro pleno de bendiciones.

Entonces me entero de que no merezco tales bendiciones. Mis pecados son múltiples, así que no deseo la indulgencia divina de ese Dios amoroso del que nunca recibí candor. Dicho Dios, de cuando en cuando me acompaña en los periplos de mi espacio, algo reducido a un círculo prácticamente eterno. Creo haber sobrepasado el umbral que da a la muerte, y sin embargo no sé dónde esté ella. Si en mí, o en la alegría de girar como un fuego de astros mudos que van y vienen escalando la sombra.

Pese a todo, el ruido de un fulgor lejano me hace frente hasta iluminarme. No logro divisarla, apenas siento el palmo de la luz sobre mis ojos. Ciertamente es desagradable que este brillo traiga consigo algunos recuerdos vagos que, una vez dentro, supe que pertenecían al hilo de mi pasada vida. Eran rostros sonrientes y enojados, delineados por mi mano de ángel malo o de demonio alegre, agregándole a sus gestos la melancolía. Fui un artista de rencores, de voluntades no mías que ahora he olvidado; fui el bufón que se rió de todo y que fue burlado a su vez por todos.

De repente la luz se hace más brillante y violenta. Me exaspero y comienzo a lanzar blasfemias. Luego me entero de que ese fuego ejerce poder sobre mi cuerpo que he olvidado, y me genera llagas que siento pero no veo y que duelen justo donde antes palpitaba el corazón. Al parecer es el sol el que enardece mis suaves tejidos transparentados por la nada. Y eso se lo agradezco.

Lo único que me fastidia es esta oscuridad y ese espantoso horrísono que se debate entre el espacio y el éter. De pronto recuerdo que el tal éter no es lo que yo pensaba, sino que es el total causante de las conflagraciones en el bosque de mi piel, y por eso es que lo idolatro y le dejo ese horrible sonido al espacio famélico.

Pero extraño sentir el viento en mis manos, sentir el agua correr por mi rostro –el cual no recuerdo ni reconozco–, sentir el oleaje del amor fatídico por mis venas, sentir el cansancio de un día vivido, bien sea perdido o ganado. Todo eso extraño.

¿Respirar? No sé ni me explico por qué pensé en esa palabra –si es que así se le denomina–, es más, ni sé qué significado tendrá dicha cosa. He

de admitir que un sopor ahora me acompaña, resultado de ese estúpido pensamiento que solo hace entrometerse entre mi luz y mis silencios.

Bueno, tal parece que ese espíritu llamado Dios se ha dignado, precisamente hoy, a visitarme. Llega dando tumbos por las estrellas, con su benigno manto blanquecino y sus chancletas adornando sus finos pies; tras de sí trae un ejército de ángeles divinos, cubriendo su espalda de un posible ataque irreverente de ateísmo. Se acuclilla justamente a mi lado pero no dice nada, ni saluda el muy maleducado. Pero quizás lo hace porque huele y percibe la atmósfera tensa y reluciente; pero qué va, para Él todo es reluciente, en cambio para mí todo es penumbra, desolación, excepto por mi adorable Luz que nunca me abandona.

De repente me observa a mis oblicuos ojos, ensancha una sonrisa blancuzca y luminosa, mientras bendice al cosmos con su soplo vertical y su vaho soporífero. Tal parece que sonríe, ahora llora, derramando gotas sagradas que revisten al mundo de esperanzas, después vuelve y sonríe y me regala un beso ardiente en la mejilla, para a paso seguido desaparecer y dejarme nuevamente solo con la oscuridad y la muerte, que soy yo mismo.

Y me pregunto, ¿a qué se debe su visita? Si vino a acompañarme, ¿por qué no pronunció palabra? ¿O es que me quiere enseñar, por medio de su reverente sonrisa, el pecado que con tanto ahínco ejercí en mi vida pasada?

Son falaces especulaciones que me molestan en lo muy personal, así es que trato de olvidarlas al instante. Sin embargo, es ineludible, puesto que vuelven las míseras preguntas a martillar mi cráneo mortífero, a torturar mi perenne conciencia y a hacerme mascullar la frase que tanto odio y repugno y que, a parte de mi amada Luz, es la que me sostiene: nunca debí suicidarme.

Medellín, diciembre de 2013 - mayo de 2019